

# La afectividad masculina

*En defensa del antihéroe: hacia una nueva masculinidad*

WALTER  
RISO



# WALTER RISO

La afectividad masculina

*En defensa del antihéroe: hacia una nueva masculinidad*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

La primera edición de este libro se publicó en 1998 bajo el título *Intimidades masculinas*

Primera edición: enero de 2008

Primera edición en esta presentación: abril de 2017

© Walter Riso, 1998, 2008

c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria / [www.schavelzongraham.com](http://www.schavelzongraham.com)

© Editorial Planeta, S. A., 2008, 2017

Zenith es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.zenitheditorial.com](http://www.zenitheditorial.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-08-17014-3

Depósito legal: B. 5955 - 2017

Fotocomposición: gama, sl.

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

## ÍNDICE

Introducción .....	11
No es tan fácil ser varón	
PRIMERA PARTE: ¿QUÉ SEXO FUERTE? .....	19
<i>Algunas consideraciones sobre la supuesta     fortaleza del varón y su natural debilidad humana</i>	
El paradigma de la fortaleza masculina .....	22
La desmitificación del héroe .....	28
Tres debilidades psicológicas masculinas .....	31
1. El miedo al miedo .....	32
2. El miedo a estar afectivamente solo .....	38
3. El miedo al fracaso .....	48
El derecho a ser débil .....	63

SEGUNDA PARTE: ¿PUEDEN Y SABEN AMAR	
LOS HOMBRES? .....	67
<i>Acerca del mito de la insensibilidad masculina y su supuesta incapacidad de amar</i>	
El conflicto emocional primario .....	72
<i>Sobre la pugna afectiva interior del varón y la falsa incompatibilidad entre agresión y ternura</i>	
1. El guerrero interior y el culto a la violencia: la exaltación de los sentimientos negativos .....	73
2. El control emocional y la represión de los sentimientos positivos .....	86
3. Al rescate de la amistad masculina: cuando el varón quiere al varón .....	94
El conflicto afectivo con lo femenino .....	98
<i>Sobre el amor por las mujeres y la persistente manía de tener que oponernos a ellas para definir la propia masculinidad</i>	
1. El hombre apegado-inmaduro .....	107
2. El hombre culpable-sumiso .....	109
3. El hombre esquizoide-ermitaño .....	114
4. El hombre agresivo-destructor .....	116
5. El hombre veleta .....	118
6. El hombre afectivamente estructurado ....	119

El conflicto con la paternidad . . . . .	122
<i>Sobre el amor por los hijos y el oficio de la paternidad maternal</i>	
1. El padre ausente . . . . .	124
2. Hacia un padre maternal . . . . .	129
3. El varón «embarazado» . . . . .	133
El derecho al amor . . . . .	138
TERCERA PARTE: LA SEXUALIDAD MASCULINA	141
<i>Un problema por resolver</i>	
La dependencia sexual masculina . . . . .	143
¿Cuán importante es el afecto para la sexualidad masculina? . . . . .	156
1. Primero sexo, después afecto . . . . .	156
2. El equilibrio afectivo-sexual en la vida de pareja . . . . .	161
3. El buen amante . . . . .	164
La fidelidad masculina: ¿utopía o realidad? . . . .	169
1. Algunas comparaciones hombre-mujer . . .	169
2. El «donjuanismo» o el problema de la seducción compulsiva . . . . .	173
La conquista sexual masculina: un desgaste agotador . . . . .	179

1. La conquista del macho en el mundo	
animal .....	179
2. La conquista del varón en el mundo	
civilizado .....	182
El derecho a una sexualidad digna .....	190
Epílogo .....	193
Manifiesto de liberación afectiva masculina	
Bibliografía .....	195

## PRIMERA PARTE

### ¿QUÉ SEXO FUERTE?

*Algunas consideraciones sobre la supuesta  
fortaleza del varón y su natural debilidad  
humana*



Los hombres no somos, definitivamente, tan fuertes como la cultura ha querido mostrar. Más aún, en muchas situaciones donde sería propicio manifestar esa fortaleza masculina, ésta brilla por su ausencia. Independientemente de las causas del estereotipo social que estigmatiza a un varón recio e indoloro, es indudable que los propios hombres, tal vez en respuesta a las deficiencias de un ego que necesita ser constantemente admirado, hayamos mantenido y promocionado esta imagen alterada de la masculinidad que, además de no ser honesta, nos ha traído más desventajas que ventajas. De hecho, muchos varones están hartos de jugar el papel de un superhombre carente de adrenalina, inerte ante el sufrimiento y totalmente autosuficiente. Si la mayoría de los hombres siente miedo, no soporta la soledad, le agobia la idea del fracaso y no muestra el mínimo indicio de hacer abdominales, ¿de cuál sexo fuerte estamos hablando?

## El paradigma de la fortaleza masculina

La fuerza física fue muy importante en los niveles pre-estatales de la civilización. El poder muscular permitía asegurar la vida en dos sentidos fundamentales. Por un lado, hacer la guerra requería de hombres fornidos que pudieran cargar armas y enfrentar la contienda corporal. Por el otro, si por cualquier razón el hábitat se volvía hostil y difícil, el músculo comenzaba a ser determinante para la supervivencia. Cuando las dos condiciones mencionadas ocurrían, los hijos hombres se privilegiaban sobre las hijas mediante prácticas tan espantosas como el infanticidio femenino y otras barbaridades demográficas. Los hombres fuertes fueron necesarios y, posiblemente, por tal razón, acceder a esta categoría implicaba un esfuerzo especial.

Los ritos de iniciación masculina que realzan la fortaleza han existido en casi todas las culturas y a través de todos los tiempos. Desde la severa formación espartana de los griegos y los caballeros de la Edad Media hasta el traumático servicio militar, todos, sin excepción, parecen compartir el mismo principio: *para hacerse hombre y ser reconocido como tal es necesario sufrir.*

Incluso en la actualidad, muchos grupos tribales y aldeanos someten a sus jóvenes varones a pruebas extraordinarias de fuerza y entrenamiento para resistir el dolor y el miedo, exponiéndolos a elementos

nocivos, mutilaciones físicas y enfrentamientos con terribles alucinaciones provocadas por drogas. Curiosamente, aunque también existen rituales femeninos de pubertad, además de ser muchísimo más cortos, no están orientados a producir dolor sino aislamiento y tedio. En el hombre, la fuerza; en la mujer, la paciencia.

Pese a que el poder masculino ha sido trasladado del garrote del troglodita al maletín del ejecutivo, la fuerza física aún es un requisito importante de masculinidad para muchos hombres y mujeres. Esta creencia puede generar en los jóvenes varones un trastorno opuesto a la anorexia femenina, pero igualmente grave: en vez de Twiggy, Charles Atlas. Muchos adolescentes hombres muestran serios problemas de autoestima y autoimagen porque se perciben a sí mismos como enclenques, demasiado delgados o alejados del patrón «fornido» tradicional: «Me gustaría tener más espalda», «Quisiera ser más grueso», «Mis brazos son raquíuticos», y así. Sentirse alfeñique es una de las torturas más grandes por las que puede pasar un muchacho. El silogismo es claro, aunque falso: «Un verdadero hombre debe ser fuerte, la fortaleza está en los músculos. Yo no tengo suficiente desarrollo físico, por lo tanto soy poco hombre y poco atractivo». Una trampa aristotélica mortal que los puede llevar a incrementar obsesivamente sus proporciones, de cualquier manera y a cualquier coste, anabolizantes incluidos.

En tiempo de playa y sol, la discriminación es clara: las mujeres ocultan su celulitis envolviéndose en una toalla, y los hombres esconden su escasa caja torácica debajo de una holgada camiseta que no se quitan por nada del mundo.

No estoy diciendo que la educación física deba abolirse, indudablemente el cuidado del cuerpo es importante, además de saludable, pero una cosa es conservarlo y cuidarlo sanamente, y otra muy distinta hacer que la autoaceptación dependa de forma exclusiva de las medidas corporales. La fortaleza física no es una cualidad intrínseca y determinante de la masculinidad, ni mucho menos. Si el varón reduce su hombría a los músculos, reemplazará el pensamiento por el sudor, y eso sí que es grave.

Pero el problema de la fuerza no termina ahí. La supuesta reciedumbre masculina también implica valentía, dominancia y seguridad en cantidades industriales. Un paquete de exigencias muy difícil de obtener. La gran proporción de varones que todavía aspiran a esta quimera son producto de un condicionamiento valorativo, claramente autodestructivo y deshumanizante.

¿En realidad necesitamos ser física y psicológicamente tan poderosos como queremos mostrar? ¿Para qué esforzamos las veinticuatro horas por parecer duros, si de todas maneras nos van a descubrir cuando

nos conozcan mejor? ¿A quién queremos engañar con semejante pantomima? Muchas mujeres recién casadas, que han tenido noviazgos cortos y no han podido conocer bien a sus cónyuges, se quejan de que su marido ha cambiado demasiado desde el matrimonio y ya no parece ser el mismo. Una de mis pacientes relataba así la transformación de su flamante marido: «Es otra persona... La seguridad en sí mismo, la iniciativa y la gran capacidad para resolver problemas de manera diligente, que tanto me habían impactado, desaparecieron de la noche a la mañana... Me acosté con un hombre y amanecí con otro...». En realidad, muchos hombres inseguros se mienten a sí mismos y a los demás mostrando un patrón de fortaleza inexistente, a la espera de ser aceptados. No es un juego de seducción, sino un mecanismo sumamente peligroso y dañino para compensar una autoestima endeble.

Si bien es cierto que un grupo nada despreciable de mujeres aún se inclina ante unos buenos bíceps (basta con asistir a cualquier película donde Antonio Banderas o Tom Cruise se quitan la camisa para confirmarlo), y admira a un hombre que enfrente el peligro sin pestañear, debemos reconocer que otra parte de la demanda femenina ha dejado de exigir este prehistórico requisito. El problema parece surgir cuando la mujer de nuestros sueños está, abierta o soterradamente, en el grupo «pro John Wayne».

Una anécdota apoya lo anterior. Hasta hace poco, en algunos bares de Latinoamérica solía haber un servicio muy especial. Además del vendedor de rosas y el guitarrista, existían unos sombríos personajes que ponían en jaque el orgullo masculino. El sujeto se acercaba con una cajita de la cual asomaban una manivela y dos cables con dos electrodos gruesos en cada punta. La consigna era definitivamente insinuante y difícil de ignorar para cualquier varón que se preciara de serlo: «Pruebe a ver cuánto hombre es... Pruebe la fuerza... Sólo dos mil pesitos». El reto resultaba ineludible, no sólo para exhibirnos ante la amiga de turno sino, además y muy secretamente, para reafirmar esa arcaica reminiscencia de supremacía masculina que, lo queramos o no, todavía se oculta en cada uno de nosotros. El *show* comenzaba cuando se contrataba el servicio de descargas eléctricas. El osado varón se agarraba de ambos trozos de metal y el «verdugo», con cierta cara de satisfacción ladina, daba vuelta a la manivela para ver cuánta intensidad podía soportar la víctima. Si se aguantaba bastante, los vecinos de mesa le mandaban un trago de cortesía y algunos aplausos acompañados de efusivas felicitaciones, pero si el lado flaco traicionaba al sujeto y soltaba los electrodos demasiado rápido o asomaba algún indicio de dolor, era abucheado y su reputación se veía seriamente afectada.

Recuerdo que uno de mis amigos, profesor de literatura y filosofía, una especie de Woody Allen latinoamericano, quizás influenciado por algunos aguardientes de más, decidió aventurarse a medir su resistencia al dolor. Creo que debió ser el récord de menor tiempo en toda la historia. Duró tan poco que el vendedor de descargas, quien no perdonaba una, decidió no cobrarle. Ni burlas hubo. Sólo silencio y algunas miradas de pesar. Su novia, una estudiante de antropología defensora de la igualdad entre sexos y aparentemente superada de todo vestigio machista, no pudo ocultar su desconcierto e incomodidad: «¿Qué te pasó?», murmuró en voz baja. Él, frotándose y soplándose los dedos, se limitó a contestar sinceramente: «¡Es horrible! ¡Me quemó!». Ella, al darse cuenta de su exabrupto antifeminista, trató de enmendar la metida de pata y lo abrazó con ternura: «No importa, mi amor... *De todas maneras, yo te quiero igual...*».

Es evidente que aunque la cosa esté cambiando, la debilidad masculina no se digiere con facilidad. En particular frente al tema del dolor, pienso que la mujer sale mejor librada que el hombre. Si los hombres tuviéramos que parir, el planeta estaría despoblado.

La nueva masculinidad no exige tanto. Un hombre débil puede ser tan varonil como femenina una mujer fuerte. Para ser varones no tenemos que colgarnos de los pulgares, ni rompernos la espalda levantando

pesas, ni soportar estoicamente las angustias y asumir el papel de un decadente Rambo, un imperturbable Hombre Marlboro o un atlético e insípido Sansón. Basta con que dejemos traslucir lo que de verdad somos, sin pretender vender una idea distorsionada de lo esencialmente masculino. Tenemos el derecho a que la natural fragilidad que anida en cada uno de nosotros haga su aparición, y a no sentir vergüenza por ello. Al que no le guste, que no mire.

## La desmitificación del héroe

Tal como afirma Joseph Campbell en *El héroe de las mil caras*, la aventura del hombre como héroe aparece una y otra vez en leyendas, tradiciones y rituales de todos los pueblos del mundo: en los mitos polinesios y griegos, en las leyendas africanas, en los cuentos de hadas célticos y en la mayoría de los simbolismos religiosos. Siempre, de una u otra manera, el peso de la figura heroica está presente en la cultura y en la pedagogía que de ella se desprende. Aunque muchos padres hagan lo posible por no seguir la tradición, la aspiración a ser un paladín se cuele, evidente o subrepticamente, en las formas más modernas de entretenimiento infantil y adulto. Las legiones de superhéroes, escritas y filmadas, invaden el mercado creando valores que recuerdan las épi-



cas más famosas, obviamente más modernas y domésticas. Cuando un niño juega con la espada o el rayo láser, cuando manipula algún robot de control remoto o imita a Peter Pan, está representando el oficio del héroe: *el camino y la fórmula para ir a enfrentarse con fuerzas fabulosas y regresar triunfante*. No importa si se trata de dragones, cancerberos, monstruos de mil cabezas o de la Segunda Guerra Mundial, el cuento es el mismo. Desde Prometeo, Jasón, Eneas, Hércules, Moisés y Ulises, hasta Robin Hood, el Llanero Solitario, Superman y Robocop, la morfología de las grandes gestas contiene riesgo, espíritu de aventura, autodeterminación, valentía sin límites, habilidades deslumbrantes y, claro está, desprendimiento de la propia vida; además, los héroes no conocen el fracaso y casi siempre son hombres.

No es fácil para un niño renunciar a ser un adalid, si la esperanza de la familia y la humanidad, tal como muestra la antropología del mito, añora y repite sistemáticamente la misma historia secular de proezas. Analizado desde un punto de vista más complejo, quizá sea la propia estructura inconsciente masculina la que posea implícita la sentencia de buscar satisfacer los sueños de grandeza de una sociedad perturbada, que pretende redimirse a sí misma. Parecería que los héroes hacen falta.

No obstante, para muchos hombres, dentro de los que me incluyo, el antihéroe es nuestro preferido. Las

ventajas saltan a la vista: el antihéroe no debe iniciar ninguna *partida* (no hay gestas en tierras lejanas), no *hay pruebas* que pasar (no se necesitan victorias o iniciaciones), y no hay *retorno* triunfante (no hay nada conquistado). El antihéroe rompe el mito y destroza la propia y asfixiante demanda fantástica de la tradición patriarcal. El antihéroe no quiere doncellas, ni corceles ni rescatar a nadie; tampoco añora el peligro para ponerse a prueba, ya que no hay nada que probar; se niega a la demencia brutal del típico combatiente, y no ve a la mujer como una tentación que debe evitar para llevar a feliz término su gesta ególatra. El antihéroe no quiere ser santo, redentor, emperador, ni dueño de ningún reino. El antihéroe quiere abrazar en silencio, dormir en calma, amar intensamente y, ¿por qué no?, ser rescatado por alguna heroína valiente y atrevida, de esas que no aparecen en los cuentos.

El típico varón gasta gran parte de su energía en parecerse al modelo heroico que la cultura le ha inculcado. No importa si se trata de San Martín, Bolívar, Onassis o Rockefeller, la fantasía está ahí. Como una espina clavada en su *álter ego*, el hombre transita por el mundo buscando alguna proeza que dé un motivo a su vida. Si pudiéramos medir el tiempo que los varones invertimos en este tipo de desvaríos, sin lugar a dudas quedaríamos sorprendidos.

Nos guste o no, detrás de toda empresa masculina,

ya sea económica, deportiva o intelectual, hay un sentido épico que busca concretarse. ¡Qué agotadora tarea ésta, la de buscar hazañas y romper récords Guinness!

En franca oposición a este estilo legendario, la liberación masculina pretende soltar la mente de tanto complejo de superioridad y dejar salir al antihéroe personal, ese que gallarda y mansamente reposa en cada uno de nosotros. Ese que escapa, tropieza, cae, se levanta, insiste, vuelve a caer y arranca. El que vive y persiste, aunque muchas veces no sabe qué hacer. Me refiero sencilla y llanamente al varón normal, despojado de todo atributo sobrenatural y sin más carga que su propia identidad.

### **Tres debilidades psicológicas masculinas**

Aunque las fragilidades psicológicas masculinas podrían llenar varios tomos de una enciclopedia (ellas irán apareciendo a lo largo del presente texto), aquí sólo señalaré tres miedos básicos, por lo general encubiertos por el ego, comunes a casi todas las culturas, altamente dañinos y mortificantes para aquellos varones que aún se empecinan en ser duros, intrépidos y osados. Éstos son: 1) el miedo al miedo, 2) el miedo a estar afectivamente solo y 3) el miedo al fracaso. Veamos cada uno en detalle.

## 1. EL MIEDO AL MIEDO

Un hombre miedoso no es bien visto en ninguna parte. Es posible que algunas mujeres de fuerte instinto maternal se sientan momentáneamente enternecidas o que algunos varones voluntarios de la Cruz Roja Internacional se apiaden, pero tarde o temprano un desprecio ancestral y muy visceral hace su aparición. Como si no hiciera honor a su especie o pusiera en peligro la subsistencia de la misma, el varón cobarde es segregado y seriamente cuestionado, no sólo por las mujeres, sino también y principalmente por los hombres.

Hace unos años, después de haberme separado, fui a vivir a un nuevo apartamento. Recuerdo que el portero encargado, un hombre de unos sesenta años, tal vez por mi condición de «solo», se mostraba especialmente amable y colaborador. Siempre interpreté su actitud servicial como una forma de solidaridad y complicidad de género. Cuando yo llegaba con una amiga me abría la puerta del garaje con un guiño, o si recibía alguna visita femenina, su anuncio llevaba implícito un tono de anuencia con licencia para delinquir. Como si dijera: «Picarón... Picarón... Otra más... Bendito seas entre los varones de este mundo... Ya que yo no puedo, hazlo por mí...». Al otro día, si yo salía a correr por la mañana, me saludaba con una sonrisa, una palmadita en la espalda y un comentario agrada-

ble sobre el clima y la salud: «¿Muy cansado el doctor?». Aunque mis reuniones con el sexo opuesto no superaban la media estadística de cualquier «soltero normal», mi amigo el portero comenzó a verme como una especie de ejemplo masculino: «El maestro». Me subía el periódico el primero, vivía pendiente de mi correspondencia y de mi coche, en fin, una especie de mayordomo inglés, con toque latino y comunitario.

Todo iba bien hasta que un día, a eso de las once de la noche, me despertó el roce de un objeto tibio, áspero y algo gelatinoso sobre mi rostro. Al tratar de moverme, el objeto comenzó a revolotear sobre mi cabeza con un estruendo de alas y en círculos, como si se tratara de una flotilla de helicópteros. Cuando encendí la luz, descubrí que mi pesadilla se había hecho realidad: ¡en mi cuarto había un murciélago!, que por su tamaño debió haber sido pariente directo de Batman. El miedo a las mariposas negras, a las asquerosas cucarachas y a los atrevidos murciélagos, es uno de los legados genéticos de la familia de mi madre, que he tenido que aceptar e intentar vencer sin demasiado éxito; pero un murciélago en mi dormitorio, era demasiado. Luego de una especie de guerra campal durante media hora, en la cual yo intentaba infructuosamente que el animal saliera por el balcón (pienso que él intentaba que yo también hiciera lo mismo), decidí recurrir a mi amigo el conserje. En realidad, en esos angustiosos momentos

de taquicardia, piloerección y sudor frío, más que conserje era un ángel de la guarda. Cuando lo desperté y le conté atropelladamente mi drama, su preocupación inicial se fue convirtiendo en desconcierto y luego en curiosidad: no sabía si era en serio o en broma. Subió al apartamento y con la agilidad de un cazador, escoba en mano, mató al animal, lo tomó del ala y lo escudriñó como tratando de entender el origen de mi miedo. Por último me lo mostró, mientras decía lacónicamente: «¿Qué quiere que haga con él?». Sólo atiné a contestarle que lo tirara lo más lejos posible, lo abracé y le di efusivamente las gracias. Sin embargo, al despedirlo pude percibir en su rostro un gesto apocado y una mirada de profunda decepción mal disimulada.

Al cabo de unos días, el desencanto inicial de aquella noche se había transformado en indiferencia. Había enterrado toda admiración: después de todo, nadie perdona a un ídolo derrumbado. Detrás de esa aparente fachada de varón «tumbador de locas», que él mismo había fabricado de mí, se escondía un cobarde incapaz de matar a un mísero murciélago. Me había convertido en un fraude, en un deshonor para la raza masculina. Aunque no me dejó de saludar, se acabaron los detalles especiales, las ayudas, los guiños y las palmaditas mañaneras. Ya no importaba cuántas amigas siguieran desfilando por mi vida: sólo quedó un seco «Buen día» o «Buenas noches», exento de toda gracia y ajeno a cualquier simpatía.

Esta depreciación del macho miedoso no es exclusiva de los humanos. En un estudio reciente realizado con unos bellos y pequeños peces llamados *Trinidadian*, publicado por *Scientific American*, los investigadores indagaron qué impacto tenían en las hembras las maniobras de dos tipos de pececitos machos (osados y prudentes) frente a un grupo de depredadores de mayor tamaño. Los datos sorprendieron a los científicos. Los peces que más fanfarroneaban y arriesgaban su vida inútilmente eran mucho más apetecidos por las hembras que los que se mantenían alejados del depredador y no hacían alarde de su valentía. Las hembras preferían pasar más tiempo y entregar sus encantos a los machos que vivían peligrosamente, en lugar de estar con los cuidadosos y juiciosos. La lógica marcaba que los pececitos más sensatos y precavidos deberían haber sido los más buscados para el acople, ya que eran los que ofrecían más probabilidad de sobrevivir y, por lo tanto, de asegurar la supervivencia de la especie. Pero las hembras preferían, de todas maneras, a los machos audaces y temerarios. Como si dijeran: «Si pese a todo éstos sobreviven, deben ser mejor exponente para la especie». El Príncipe Valiente en versión acuática.

Es evidente que existe un supervalor, en sus orígenes biológico y ahora cultural, que presiona despiadadamente al varón hacia la valentía. Ser cobarde es

el peor de los insultos, motivo de reprimenda y hasta de fusilamiento en épocas de guerra. Tampoco creo que el tema esté muy superado por el sexo opuesto: *ellas vigilan nuestros niveles de adrenalina*. Si un hombre saltara sobre una mesa, pálido, tembloroso y gritando ante la presencia de un diminuto ratón que corre a su alrededor, creo que además de la novia, perdería hasta el apellido. Conozco un caso donde el matrimonio se suspendió por un incidente similar a éste: «¿Qué puedo esperar de un hombre incapaz de controlar sus miedos?», manifestaba indignada la candidata a esposarse. Si el de la mesa fuera una mujer, la irracionalidad de su comportamiento se juzgaría mucho más benévolamente, y se le darían algunos consejos sanos sobre cómo afrontar al diminuto e insignificante roedor, pero no se atacaría su autoestima. Por no hablar del desmayo masculino: lo mínimo, la extradición. Hombre que se desmaye es epiléptico o marica.

Recuerdo el suceso tragicómico de un amigo psicólogo, excelente profesional y con una marcada fobia a los pájaros, quien cuando estaba en plena cita profesional con una remilgada dama, vio entrar por la ventana un enorme pájaro negro que se le posó en el hombro. Al encontrarse cara a cara con el animal salió corriendo, gritando y manoteando para alejar a la inoportuna ave. Más tarde, cuando otra psicóloga compa-



ñera de trabajo logró retirar el pájaro y él se animó a entrar de nuevo en el consultorio, la paciente se había retirado haciendo *mutis por el foro*. Como era obvio, nunca volvió. Cuando la secretaria la llamó para organizar otra cita, ella manifestó su incomodidad: «Puede ser que el doctor sea muy bueno, pero yo soy algo conservadora en las diferencias hombre-mujer... Me cuesta mucho confiar en un hombre cobarde... Mejor no renovemos las citas».

¿Quién dijo que el hombre no puede tener miedo? De hecho, hagamos lo que hagamos, ya sea que recurramos al antiguo chamanismo o a la moderna ingeniería genética, el miedo es la respuesta natural e inevitable ante situaciones de peligro. Es la manera como la evolución nos equipó para defendernos de los depredadores, y aunque a los machistas no les guste, parece que va a seguir acompañándonos por algunos siglos más. No estoy promulgando el miedo como una virtud a exaltar, sino como una característica irremediable con la cual hay que aprender a vivir. Puede que sea exagerado, irracional y patológico en algunos casos, pero definitivamente es imposible de eliminar de cuajo y para siempre (a excepción, claro está, de algunos tipos de psicopatía, como Boogie «el Aceitoso» y Harry «el Sucio»).